

SENDEROS DE INSURRECCIÓN

Teresa, ¡qué buena eres! recordaba con las voces de su madre, de su padre, de las monjas, de los vecinos. Cosía en vez de hablar, cosía en lugar de pensar, cosía para no ahogarse si sus manos paraban, y como resultado había vestido a medio pueblo en sus cuatro décadas de existencia. Con aquel rumor atenazado que germinaba en el estómago y explotaba cada vez que se planteaba si el que venía era el cuerpo estático de calidez compartida o el que encontraba razones de caos, de ruido y pavor y ante el que ella se convertía en fluido vacuo derramándose poco a poco.

El vientre hinchado por segunda vez le había dado aliento para bosquejar la huida que solo se había atrevido a emprender en sueños. Camina, Teresita, se decía. *Camina*, con la respiración entrecortada por los pasos. Aquella vez, fuera cual fuese el sendero, era solo de ida.